8070

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

PACHÓN

JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CESAR JOSE GOBILA

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA

1891

4

PACHON

PACHÓN

JUGUETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

CESAR JOSE GOBILA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 22 de Enero de 1891.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1891

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA SINFOROSA.....	SRA.	REVILLA.
MARÍA.....	SRTA.	MANTILLA.
BALDOMERA.....	»	BERTOMEU.
TIBERIO PACHÓN.....	SR.	DÍAZ. (M.)
DON CASIANO.....	»	CALVO (J.)
REMIGIO.....	»	RIVELLES.
FERMÍN.....	»	CALVO (F.)
MANOLO.....	»	LÓPEZ JIMÉNEZ.
GUARDIA 1.º.....	»	FOLGUERAS.
IDEM 2.º.....	»	PARADAS.

La acción en Madrid.—Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Sala bien amueblada de una casa de huéspedes. Puerta al foro que se supone comunica con las demás dependencias de la casa. Dos puertas á la derecha y dos á la izquierda. La del segundo término izquierda, balcón. En el centro una gran mesa con recado de escribir, papeles, periódicos, etc.

ESCENA PRIMERA

SINFOROSA, MARÍA y DON CASIANO. Los dos últimos entran acompañados de mozos que conducen equipajes y se van después de dejarlos.

SINF. Pasen ustedes por aquí: esta es la habitación. (Señalando la primera puerta de la izquierda, donde los Mozos dejan el equipaje.) Gabinete con vistas á la calle, muebles cómodos y...

CASIANO. Perfectamente... Veo que mi primo Fermín, á quien confié el encargo, lo ha cumplido á las mil maravillas. Por supuesto ¿aquí vivirán buenas personas?

SINF. Inmejorables.

CASIANO. Ya vé usted, viniendo de París... Además, por la gente no voy á Villasequilla, mi pueblo.

613110

SINF. Pues por eso no tenga usted cuidado.

CASIANO. ¿Hay persona de confianza á quien enviar con una carta de interés?

SINF. Sí señor; Baldomera, la criada, es persona de toda responsabilidad.

CASIANO. Entonces, con permiso. (Se sienta y escribe.)

MARIA. (Aparte á Sinforosa.) Necesito del apoyo de usted.

SINF. Mándeme usted cuanto quiera.

MARIA. Vendrá un joven preguntando por mí... se hospedará en esta casa... mas por Dios, que no lo descubran. Se llama Manolo...

SINF. Pero...

MARIA. Silencio. (Viendo que su padre ha terminado.)

CASIANO. Pienso otra cosa. La calle de Jacometrezo, donde vive Fermín, está un paso. Necesitamos estirar las piernas; metidas treinta y dos horan en un vagón... ¿A qué hora se almuerza?

SINF. A las once y...

CASIANO. Perfectamente. Vamos, y al mismo tiempo avisaremos en un establecimiento de coches de lujo para que pongan uno á nuestra disposición hoy mismo y envíen desde luego un dependiente á tomar órdenes. Hasta después, señora.

SINF. Vayan ustedes con Dios. (Se marchan María y don Casiano.)

ESCENA II

SINFOROSA; á poco REMIGIO

SINF. No me engañaron al recomendarme estos señores. Parecen muy buenas gentes. La niña con secretillos... pero en fin... los pocos años...

REM. ¡Salud, egregia é incomparable pupilera!

SINF. Siempre está usted de buen humor, don Remigio. Ya llegaron.

REM. ¿Quiénes?

SINF. El papá y la niña... aquellos que dije á usted me habían recomendado...

REM. Sí, recuerdo; aquellos paisanos de don Quijote. Tal es el mundo; ellos vienen y yo me marcho.

SINF. ¿Se marcha usted? ¡Tan excelente pagano!...

REM. ¿Cómo pagano?

SINF. Quiero decir que paga corriente.

REM. Eso es otra cosa. Pues sí, me voy. La organización del centenario está casi totalmente terminada.

SINF. ¿Un setenario?

REM. Fuera de algún pequeño detalle...

SINF. ¿Y qué es eso?

REM. Lo más estupendo que se ha hecho en España en honor de alguno de sus preclaros hijos. Yo respondo que al Gran Capitán...

SINF. ¿Un Capitán?

REM. El más ilustre y más bravo de los generales españoles... bien es verdad que las cuentas van á subir como las suyas, que no pagó.

SINF. Malo, malo... Pero en fin, allá usted.

REM. Voy á salir para dejar ultimados los fuegos. Nada menos que cinco mil bombas.

SINF. ¿Cinco mil?

REM. Y veinte mil sorpresas.

SINF. Pocas me parecen para las bombas.

REM. En llegando á la plaza todo al vuelo...

SINF. Ya lo creo que volará.

REM. ¡Qué cosa tan magnífica! Una lluvia de fuego cuando los genios fulgurantes y las tropas de Garellano saluden al General, que llevará la auténtica espada vencedora. Las músicas, los cañones, la fusilería... ¡Hurra por Chipiona!... me voy á ver al de los fuegos... Doña Sinforosa, estoy esperando á los encargados de las figuras principales, que quiero sean de Madrid, acostumbrados á esa clase de representaciones. Si vienen, que tengan la bondad de aguardar en esta sala; vuelvo en seguida. (Se marcha.)

SINF. Descuíde usted.

ESCENA III

SINFOROSA; á poco TIBERIO

SINF. ¡Qué líos se trae don Remigio!... Cinco mil bombas... Un General que no paga... Pero no, él es una persona muy decente, y en punto á pagar, de caballería... Es decir, todo un caballero. (Entra Tiberio cerrando tras sí la puerta del foro, recorriendo toda la habitación con grandes precauciones y después se colocará frente á Sinforosa en actitud amenazante.)

TIBERIO. Olivo, veinticuatro, segundo derecha.

SINF. Esta es mi casa.

TIBERIO. ¿Este es el tenebroso lugar del crimen?

SINF. ¿Del crimen?

TIBERIO. Aquí se encierra la espantosa fiera, que si lograra desencadenarse, había de acabar con todo lo existente. Pero por fortuna, llegué á tiempo y me lo bebo como quien se bebe una copa de vino blanco.

SINF. ¿Qué dice este hombre?

TIBERIO. La verdad; toda la verdad. Es necesario no ocultarme nada.

SINF. Por los clavos de Cristo; dígame usted lo que desea.

TIBERIO. Busco cabos... hilos: sobre todo cabos.

SINF. Yo hago que los apuren los huéspedes.

TIBERIO. Quien me apura la paciencia es usted... ¿Quién es usted?

SINF. Sinforosa Carrillo.

TIBERIO. ¿De Albornóz?

SINF. De Calatayud, donde maté á mi mamá.

TIBERIO. ¡Parricida! Digo, no, marricida.

SINF. Murió la pobre al darme á luz.

TIBERIO. ¿Es usted nonnata como San Ramón?

SINF. ¿Novata? No señor.

TIBERIO ¿Soltera, casada ó viuda?

SINF. Nada de eso.

TIBERIO. ¿Cómo?

SINF. Candidata á mamá sin haber encontrado distrito. Hoy entregada á los huéspedes.

TIBERIO. Llego, y paf, tropiezo con la pupilera. En el olor...

SINF. ¿Que yo huelo?

TIBERIO. Bendita estrella la mía. ¡Oh Sinforosa! (Abrazándola.)

SINF. Este hombre está loco. (Tiberio vuelve á recorrer la habitación y va señalando las puertas que indica.)

TIBERIO. ¿Esto es un balcón?

SINF. Sí.

TIBERIO. ¿Muy alto?

SINF. Segundo con entresuelo.

TIBERIO. ¿Esta puerta? (La de la izquierda.)

SINF. Mi cuarto.

TIBERIO. ¡Bravísimo! Aquí me instalo yo.

SINF. ¡Qué atrocidad!

TIBERIO. ¿Este otro? (La de la derecha.)

SINF. Gabinete y alcoba.

TIBERIO. Bueno. ¿Estamos solos?

SINF. (Pero, Dios mío, ¿qué va á hacer este hombre?)

TIBERIO. ¿Nadie nos oye?

SINF. Nadie. Baldomera está por dentro.

TIBERIO. Baldomera. ¿Quién es Baldomera?

SINF. La criada.

TIBERIO. Ya tengo un hilo. ¿Conque la criada? Baldomera. Tocaya de Espartero.

SINF. ¿El torero?

TIBERIO. El general.

SINF. ¿Será el que no paga sus cuentas?

TIBERIO. Aunque eso es tan general, que nada tiene de particular, aquél las pagaba todas puntualmente.

SINF. Entonces, no era el de las bombas.

TIBERIO. ¿Qué bombas?

SINF. Las de don Remigio. Cinco mil nada menos.

TIBERIO. ¡Caracoles!

SINF. Como que volará todo el mundo.

TIBERIO. Y revienta el globo como un triquitraque. (Con ternura

cómica.) ¡Sinforosa de mi alma! (A la autoridad le son lícitos todos los medios.) ¡Ay, Sinforosa nonnata y parricida! ¡Yo te amo! Vives entregada al furor de los desalmados. Yo soy la autoridad que vela por la paz pública; el ángel tutelar que le pega dos palos al lucero del alba si se desmanda; tu salvador, en fin, en forma de subinspector de policía. El que arroja á tus piés el bastón de mando y exclama: ¡Oh, Sinforosa! Te ofrezco un corazón con borlas y un bastón derretido por tus pedazos. Mírame, pupilera sublime, arrojando mantecadas de Astorga por entre las rendijas de estos bigotes.

SINF. Me deja usted sin sangre en las venas.

TIBERIO. Así quedaron cuantos me vieron.

SINF. ¡Es que asusta la cara de usted! Debe ser una fiera.

TIBERIO. Sí, pero ante tí, un borrego. Compadécete del que no sosiega por el sosiego de los demás. (Si el gobernador me viera, me daba un ascenso.)

SINF. ¿Son rectas sus intenciones?

TIBERIO. ¿Intenciones? Las de un toro de Miura.

SINF. ¡Dios mío!

TIBERIO. Es decir, en el aspecto de autoridad... Como enamorado.

SINF. Siendo así...

TIBERIO. Tú serás auxiliar poderoso de estas borlas, que son en mi mano dos ametralladoras.

SINF. ¿Y se disparan?

TIBERIO. ¿Las llevaría yo en tal caso? Aquí se oculta una trama horrenda.

SINF. ¿Dónde?

TIBERIO. En esta casa.

SINF. ¿Pero qué hay en mi casa?

TIBERIO. Nada; yo velo por todo. ¿Conoces á don Casiano Astudillo?

SINF. ¿El huésped que con su hija llegó hace poco? Ese es su cuarto.

TIBERIO. Estamos en su madriguera. Ese, desgraciada, que con

su hija, especie de pantera, oculta planes tenebrosos.

ESCENA IV

DICHOS y BALDOMERA

BALD. Señora...

LOS DOS. ¡Ay!

BALD. Un joven desea hablar con usted.

TIBERIO. ¿Quién será? Columna de la sociedad, ve y entretenlo hasta que yo vaya á interrogarlo con maña.

SINF. Este hombre me ha puesto el corazón en un puño. (Se marchan las dos.)

ESCENA V

TIBERIO solo.

Gracias á mi astucia, voy á prestar un servicio eminente. No perdamos tiempo. Repasemos los antecedentes. (Saca un papel.) Hay un sello que dice: (Lee.) «El Alcalde de Villasequilla, particular. Señor don Ti»berio Pachón. Muy señor mío: Conocí á usted cuando »vino á prender al Chato.» (Deja de leer.) Si no voy hay Chato para una eternidad; pero á mí no me la da ningún chato, y en cuanto llegué se murió de una pulmonía fulminante. (Lee.) «Al Chato; y ahora le pon»go en la pista de un conspirador orrible!» (Deja «de leer.) ¿Horrible y sin h? ¡Debe ser feróz! (Lee.) «Se llama don Casiano Astudillo y llega de Francia. »Se alojará en la calle del Olivo, número vein»ticuatro, etc., etc. Le acompaña una jóven, hija »suya, que es también tenebrosa. Tome usted grandes »precauciones.» (Deja de leer.) Voy á escribir al delegado. (Al ir á escribir encuentra el papel que dejó don Remigio.) ¿Qué miro? (Lee.) «Día siete, vuelo general, mil »quinientas bombas y visita á los restos... Día ocho, »vuelo...» (Deja de leer.) ¿Otra vez? (Lee.) «Reparto de

»raciones.» (Deja de leer.) Ya lo creo, á los heridos del día anterior. (Lee.) «Fuegos y mil quinientas bombas.» ¡Carape! No queda ni una rata. (Lee.) «Día nueve, fue»gos y tres mil bombas.» Zapateta; ¡por si quedaba algo! ¡Qué plan, Dios mío! Veamos ahora quién es ese mozalvete... y guardemos este papel como pieza de convicción. (Se marcha ocultándose para no ser visto por María y don Casiano.)

ESCENA VI

MARÍA y DON CASIANO

CASIANO. Ea, ya tenemos lo principal; aunque no encontramos á Fermín, logramos dar con un establecimiento de carruajes de lujo, y dentro de poco tendremos aquí el encargado á tomar órdenes. En París hubiera sido imposible entenderse con aquellos estúpidos. He pasado la pena negra. Les pedía un vaso de agua y se echaban á reir.

MARIA. Como que no le entendían.

CASIANO. Pues yo, como buen manchego, hablo bastante claro. Lo que no he querido es verte pasar de rondón de París á Villasequilla.

MARIA. Pues yo anhelo los encantos del hogar. Cuatro años separada de los racuerdos de la infancia.

CASIANO. Meterte entre aquellos zafios. Yo soy la primera persona del lugar y me falta poco para mugir. Nos hacemos madrileños resueltamente.

MARIA. Pero papá...

CASIANO. Después del dinero que me cuestas. Aquí, aquí... Iremos á los paseos, á los teatros; cuando las gentes te vean tan hermosa... Puede que se enamore de tí algún señorón, ó tal vez algún ministro y seas ministra.

MARIA. No piense usted en eso.

CASIANO. ¡Cuánto mejor no fuera que aquel zagalote de Manolo! Tan bruto como su padre el alcalde perpetuo de Villasequilla.

MARIA. Manolo es un buen muchacho, y en cuatro años que han pasado desde nuestra separación, habrá variado. El estudio...

CASIANO. Imposible. Aquella mollera es tan dura como la de su padre.

MARIA. Está usted equivocado.

CASIANO. ¿Es que aún te dura la afición al burrucho, como le llaman á su padre? ¡Pues no faltaba más!

MARIA. Como usted quiera.

CASIANO. Así me gusta. Yo soy muy cerrado cuando me empeño y jamás consentiré... Pero tú eres buena... y... Voy á quitarme el polvo. Ya verás, tontuela, lo que nos divertiremos en Madrid. (Se marcha.)

ESCENA VII

MARÍA y á poco MANOLO

MARIA. Inútil empeño. Ofuscado por el odio que se profesan nuestros padres, el mío no accederá á la boda con Manolo... tan cariñoso, tan amante... Pues con él me he de casar ó con nadie... Él aquí. (Aparece Manolo.) Sólo brevísimos instante... Papá está en su cuarto y...

MANOLO. Bastantes serán, sin duda, para que te anuncie nuestra felicidad. Ablandado mi padre por mis constantes súplicas, accede á nuestra unión.

MARIA. Venciste al tuyo, pero al mío es imposible.

MANOLO. Peores tiempos hemos pasado. Cuando te llevaron á las Ursulinas hace cuatro años, lo creíamos todo perdido. Yo te seguí, sin embargo, y me juzgaba felíz contemplando los muros de tu encierro.

MARIA. Nunca te faltaban mis noticias, aun pasando mil apuros.

MANOLO. Mi padre hace un gran sacrificio para lo que él es, y creo no ha de resistir don Casiano.

MARIA. Te engaña el deseo.

MANOLO. No lo dudes. Me incluye una carta para tu padre que pesará mucho en su ánimo.

MARIA. ¿Y piensas ser el portador?

MANOLO. ¿Cómo sería recibido?

MARIA. Muy mal.

MANOLO. Puede que no me conozca, cuatro años sin verme...

MARIA. De cualquier modo, no hay que exponerse á un choque.

MANOLO. Un medio me ocurre. Dejémosla sobre la mesa y fiemos á lo desconocido nuestra fortuna.

MARIA. Dámela y yo procuraré que la vea cuando esté de mejor humor.

MANOLO. Toma. (Se la entrega.) Por supuesto, si insistiera en su injustificada negativa...

MARIA. Seremos el uno para el otro. Márchate; Papá viene. Procura que no te descubra hasta que sea oportuno.

MANOLO. He hablado hace un instante con uno de la casa que os ha de ver, según me dijo, y me hará el obsequio de servirnos de comunicación.

MARIA. Sí, será el alquilador. (Se marcha Manolo.)

ESCENA VIII

MARIA, DON CASIANO, luégo TIBERIO

CASIANO. Parece mentira que Fermín no haya parecido.

MARIA. Sin duda ha habido error en el aviso.

TIBERIO. ¿Se puede pasar? (En la puerta.)

CASIANO (Á María.) (Este debe ser el de los coches.) Adelante.

TIBERIO. (Entrando con grandes precauciones.) (No cabe duda. Tiene cara de facineroso. ¡Para que á mí se me escape!)

MARIA. (¡Qué hombre más horroroso!)

CASIANO. Eche usted por esa boca, que ya estábamos esperándolo.

TIBERIO. (Y qué campechanote es este criminal.) Pues yo soy...

CASIANO. Estuvimos hace poco y hablamos con el principal, que quedó en enviarnos al encargado.

TIBERIO. (Él mismo se me viene á las manos.)

CASIANO. Supongo, pues, ¿qué vendrá por mi aviso?

TIBERIO. Sí señor... (¿Quién será el otro?)

MARÍA. Ya sabe usted lo que deseamos.

TIBERIO. (Y tanto como lo sé.)

CASIANO. En estos asuntos la niña dispone. Lo que ella resuelva yo lo confirmo.

TIBERIO. (No me engañaron. Ella es la hidra...) Mande usted, señorita.

MARIA. Por ahora, no hacernos muy visibles.

TIBERIO. Naturalmente.

MARIA. Así es, que cerrado.

TIBERIO. (Se ocultan.) Bueno, nos cerraremos todos juntos.

CASIANO. ¿Cómo juntos?

MARIA. ¿Pero usted ha de venir? Si acaso, en el pescante.

TIBERIO. ¿En el pescante? (Para saber la verdad hay que pasar por todo.)

CASIANO. Las condiciones como es general...

TIBERIO. (Ya pareció aquello.) ¿El General?

MARIA. Quiere decir papá que un buen tren.

TIBERIO. (Vamos, buscan un tren de batir.)

CASIANO. No hay que hablar más. Convenidos. En estos asuntos no se debe regatear. Cueste lo que cueste... Y si se da golpe, pida usted por esa boca.

TIBERIO. (Estaba por pedir que no tocaran á la policía por si acaso...)

MARIA. A las cuatro en punto.

TIBERIO. ¡Tan pronto! (No queda tiempo para avisar.) Retardémoslo siquiera dos horitas más.

CASIANO. No, no, á las cuatro.

TIBERIO. (Se lo pediré á la niña en nombre del muchacho que tanto me habló de ella.) (Dice bajo á María.) Me lo encarga Manuel.

MARIA. (¿Le vió usted?)

TIBERIO. (Sí... y hemos de hablar.)

MARIA. Papá, dejémoslo para el anochecer.

TIBERIO. (Tampoco me ha engañado el otro. Surtió efecto.)

CASIANO. Como quieras. Encárguese usted de que el tiro sea seguro.

TIBERIO. ¿Contra quién?

MARIA. Pero de mucha sangre.

TIBERIO. (La niña es una Lucrecia.) ¿Y no les parece á ustedes que pueda descubrirse?

MARIA Eso es indiferente. En cualquier momento, con una pequeña maniobra...

TIBERIO. (¡Ah! están preparados para todo.) Y diga usted, señorita; ¿del tiro, quién se encarga?

CASIANO. Toma, pues el cochero.

TIBERIO. (¡Caracoles! por eso me quieren colocar en el pescante.)

ESCENA IX

DICHOS y REMIGIO

REM. Señores. ¿Me esperaban ustedes? Dejé encargado que les pasaran á esta habitación. ¿Llegan ustedes ahora?

CASIANO. (Éste será de la casa.) Hace un ratito,

REM. Yo he adelantado mucho. Solo me faltan algunos cabos.

TIBERIO. (Este es un cómplice.)

REM. Tengo ya dispuestas las bombas.

TIBERIO. (No hay duda, que es de artillería...)

CASIANO. ¿Y para qué?

REM. ¿Pero no les han dicho?...

CASIANO. Ni una palabra: lo único que tratamos era de las condiciones.

REM. Bueno: vamos por partes. ¿De cuenta de ustedes es el carro?

CASIANO. ¿El carro?

TIBERIO. (Pero ¿dónde llevarán estas gentes un carro?)

CASIANO. Claro que de nuestra cuenta; pero un coche y de los mejores. ¿Qué es eso de un carro?

REM. Llámelo usted como quiera. ¿Quién va á fijarse en el nombre? Lo que yo quiero es que sea espléndido,

CASIANO. Y yo también.

TIBERIO (Ya os lucirá á todos el pelo.)

REM. (La chica es guapa.) Será usted allá arriba la fama

más hermosa que se pueda concebir. Y con la trompeta en la mano...

TIBERIO. (¿Si será la que dará la señal?)

MARIA. ¿Cómo se entiende?

CASIANO. Caballero. ¿Van aquí las señoras como los que venden petróleo?

REM. Usted para el Capitán me parece demasiado feo. (Por Tiberio.)

TIBERIO. Gracias. (¡Menudo lío se ha armado aquí!)

REM. ¿Y quién hará de genio Fulgurante?

TIBERIO. El Nuncio, que lo debe tener muy boudadoso.

REM. Lo que es la chica, llenará.

TIBERIO. (Cuando engorde.)

CASIANO. (Ya me voy yo cargando.) Mi hija irá donde quiera y como quiera; ¿sabe usted su sitio igualmente?

REM. Sí señor; yo estaré en el tablado.

TIBERIO. (En el tablado vais á estar todos, calzados y vestidos y con la argolla puesta.)

ESCENA X

¡DICHOS y SINFOROSA

SINF. Cuando ustedes gusten: el almuerzo está servido.

REM. Bien pensado: vamos á almorzar y en la mesa trataremos del asunto.

CASIANO. (¡Pues me gusta la franquezal) Vamos, hija mía.

MARIA. (Al pasar junto á á Tiberio le habla con rapidéz.) No se olvide usted de Manolo.

REM. ¿Usted no almuerza? (Á Tiberio.)

TIBERIO. No tengo estómago para tanto.

REM. Pues hasta luégo.

SINF. ¿Tiene ustéd algún cabo?

TIBERIO. Un ejército. ¡No sería jaleo el de la Puerta del Sol cuando pasara el carro!

ESCENA XI

DICHOS y MANUEL

TIBERIO. La niña es de oro. Tendría gracia que yo me encerrara en una ratonera. El otro.

MANOLO. ¿La ha visto usted?

TIBERIO. Sí.

MANOLO. ¿Le dijo que era mi confidente?

TIBERIO. Es claro.

MANOLO. ¿Y qué le pareció?

TIBERIO. Admirable. ¡Como que me encargaron del tiro!

MANOLO. (Vamos, sí, del ataque á su padre.) En efecto. Va á ser un tiro feróz.

TIBERIO. ¿Pero á su padre?

MANOLO. Naturalmente. Hay que dárselo y ver por dónde respira y dónde va á parar.

TIBERIO. Respirar, por ninguna parte; y parar... pues al cementerio del Este.

MANOLO. Es preciso hablar con María en el acto.

TIBERIO. ¿Para qué?

MANOLO. Ella tiene la salvación en su poder; una carta valiosísima. Voy á ver si consigo por la criada hacerla venir aquí. (Se marcha.)

ESCENA XII

TIBERIO

¿Luego hay pruebas de su delito? ¿Y la niña las posee? Yo he de hacerme con ellas á todo trance. Si yo no cojo los hilos de esta trama, vuela la Península con sus islas adyacentes. Por fortuna, á la muchacha, por lista que sea, me la sorbo. Apoderado de la clave, son míos y no hay remedio, el Gobierno me premiará con el mando de una provincia.

ESCENA XIII

MARÍA y TIBERIO

MARIA. ¿Usted solo?

TIBERIO. Solo, sí... Manolo me ha enterado... soy además un caballero... aunque no lo parezca. Hábleme usted sin precauciones.

MARIA. Pues bien. Ya sabrá usted por Manolo, que el más difícil se ha rendido... Contamos con él en absoluto.

TIBERIO. (Hay un traidor.) ¿Tiene usted la prueba?

MARIA. Carta canta. Con ella iremos á la felicidad.

TIBERIO. (Donde vas á ir, es al Modelo y á las Marianas después.)

MARIA. La cuestión queda reducida á vencer al otro, y todo sale como una seda.

TIBERIO. (¿Quién será el otro?) Quizá yo pueda vencerle. (Por este medio averiguaré...)

MARIA. Pero el caso es que usted no tiene títulos á su confianza.

TIBERIO. Ya verá usted; pondré la cara muy fosca.

MARIA. Para lo cual no necesita hacer gran esfuerzo.

TIBERIO. Pues mire usted, señorita, he sido modelo.

MARIA. ¿Sí?

TIBERIO. De un pintor que hizo un cuadro que representaba á Narciso mirándose en el lago... lo que ignoro es lo que al Narciso del cuadro le pasaría al contemplarse como yo soy.

MARIA. En fin, vamos al asunto.

TIBERIO. Es verdad; pues le diré que me como los niños crudos, y que tanto me da de un obispo como de un caramelo de la Mahonesa: me lo disuelvo en un instante.

MARIA. ¡Pero qué barbaridad! ¿Se ha vuelto usted loco? Todo lo contrario; si es lo más bueno y lo más religioso...

TIBERIO. Entonces descuíde usted. Le entraré por la iglesia. Venga la carta.

MARIA. Muéstrese usted ignorándolo todo.

TIBERIO. Creí que le daría más confianza presentándome como un partidario decidido.

MARIA. Si el solo obstáculo es que papá tiene otras aspiraciones.

TIBERIO. ¿No van ustedes de acuerdo?

MARIA. Pero hombre de Dios, entonces no habría cuestión. Papá sueña con pescar un ministro. Y de ahí su afán por Madrid, y por el coche y por el tiro.

TIBERIO. (Vaya, el tiro va dirigido á un ministro.) ¿Y á cuál de ellos?

MARIA. Cualquiera: le es indiferente.

TIBERIO. ¡Vaya un capricho! Nada, que le da al hombre por la caza mayor.

MARIA. Tome usted y prudencia. (Le da la carta.)

TIBERIO. (Ya estais en mi poder.)

MARIA. Dios le ilumine. Me voy, no sospechen... si se negara, sería un contratiempo; pero cumpliría con mi deber.

TIBERIO. ¿Y entonces el tiro?

MARIA. Para mi padre.

TIBERIO. (¡Caracolillos, qué pantera!)

MARIA. Ó se lo quedaba usted...

TIBERIO. ¡Zambomba! Estos papeles al gobernador.

ESCENA XIV

TIBERIO

No hay que perder tiempo, al gobernador. (Se sienta y escribe.) «Excmo. Señor: estoy prestando un servicio importante; necesito fuerzas de la Guardia civil. Me hallo entre conspiradores de ambos sexos. El copo será de importancia. Adjunto la prueba de las ramificaciones exteriores. Hay preparadas cinco mil bombas y se trata de matar un ministro, siéndoles indiferentes cualquiera de los nueve. Fie V. E. en el aplomo de su fiel servidor, Tiberio Pachón...» ¡Ajá! Ahora

mando el pliego... Pero qué mentecato soy... encargar á otro una comisión tan importante. Voy en una carrera á la delegación... lo doy á un guardia de confianza y acudo volando al puesto del peligro. (Se marcha.)

ESCENA XV

DON CASIANO y REMIGIO

REM. Todas las explicaciones me parecen pocas ante la enormidad de mi error, y deseo que su hija no me guarde el más ligero resentimiento.

CASIANO. Explicado el error, no merece la pena.

REM. Ví á ustedes en la actitud del que está de visita...

CASIANO. Acabábamos de llegar.

REM. Sobre todo, aquel tipo tan feo y tan mal fachado.

CASIANO. ¡Ah, sí, el alquilador!

REM. Por cierto que ahora salía tan atropelladamente, que ni nos ha visto.

CASIANO. Habrá vuelto á tomar la orden.

REM. Su cara no es para tranquilizar á nadie.

FERMIN. (Desde dentro.) ¿Dónde está? Quiero darle un abrazo.

CASIANO. ¡Mi primo!

REM. Los dejo.

CASIANO. No; tomamos café juntos. Fermín es muy entendido en toda clase de jolgorios y podrá darle noticias.

ESCENA XVI

DICHOS y FERMÍN

FERMIN. ¡Querido Casiano! (Le abraza.)

CASIANO. ¡Qué falta me has hecho en aquel París de mis pecados!

FERMIN. Has pasado una temporadita...

CASIANO. Todo por la chica.

FERMIN. ¿Y dónde está? ¡Qué ganas tengo de verla!

CASIANO. Andará sacando la ropa de los baules. Deja que antes te presente al señor don Remigio Berruguete, mi compañero de hospedaje y... campechano como tú.

FERMIN. Muy señor mío.

REM. Don Casiano, á quien he conocido cometiendo una gran indiscreción, es tan amable y tan...

CASIANO. Figúrate que nos ha tomado por unos figurantes que han de tomar parte en una cabalgata.

REM. Que tendrá lugar en Chipiona en honor del Gran Capitán. Tres días de festejos, tres noches de fuegos... ¡Cinco mil bombas!

FERMIN. Ni en Sebastopol.

REM. Ya ve usted, á un General.

CASIANO. Es claro... fuego en él. ¿Recibiste mi carta?

FERMIN. No; pasaba por aquí cerca y he subido á preguntar... Por cierto que en la escalera me he dado un encontrón con un hombre que salía de aquí como escapado, y cuyo aspecto me ha parecido sospechoso.

REM. Lo mismo he dicho, y cuando algo me da en la naríz...

CASIANO. Si es el alquilador de coches.

FERMIN. Por el tipo...

CASIANO. Me harán entrar en aprensión.

FERMIN. Pues andan poco listos los ladrones en cuanto huelen un forastero... y mucho más si es rico.

CASIANO. La verdad es que tiene muy mala catadura... Luégo aquellas preguntas...

REM. Para mí...

CASIANO. ¡Maria, María!

ESCENA XVII

DICHOS y MARÍA

MARIA. ¿Qué quiere usted, papá? (Reparando en Fermín.) ¡Querido tío!

FERMIN. ¡Sobrina de mi alma! Estás hecha una real moza.

CASIANO. Oye, hija mía. ¿Quién estaba aquí cuando has vuelto de almorzar?

MARIA. El alquilador.

CASIANO. ¿Solo?

MARIA. (Ese hombre ha cometido alguna inconveniencia. No debí fiarle la carta.)

CASIANO. ¡Habla, hija, por Dios! ¿Qué ha sucedido?

MARIA. Nada; se ha marchado en cuanto entré. ¿Habéis tenido alguna cuestión?

CASIANO. Mira, hija mía, examina el equipaje.

MARIA. Estoy vaciando los mundos y no he notado...

REM. Ese tunante está preparando el golpe y volverá. No tengo duda.

CASIANO. La patrona tal vez... ¡Sinforosa... Sinforosa!

ESCENA XVIII

DICHOS y SINFOROSA

SINF. ¿Qué se ofrece?

CASIANO. ¿Conoce usted á un hombre feo y repugnante que ha entrado aquí?

SINF. No señor... pero...

REM. Creemos que se ha introducido con fines siniestros.

SINF. ¡Ay, sí señor! No tengo duda. Es un ladrón. Entró examinando todas las puertas, preguntando si el balcón era muy alto... y qué se yo cuántas cosas más.

REM. Evidentemente preparaba uu golpe de mano.

SINF. Eso decía; el golpe es seguro.

FERMIN. Pues no abandona la presa. Volverá antes que pueda descubrirse el engaño.

REM. Pues como vuelva, corre de mi cuenta. Pocas ganas que yo le tengo á esa canalla. Voy á ponerme al acecho para cortarle la retirada.

FERMIN. Se ha divertido. Casualmente soy íntimo amigo del secretario del Gobierno de Provincia... Me meto en un

simón, y antes de cinco minutos estoy de vuelta. Verás la emboscada que le preparamos á ese tunante. (Se marcha.)

MARIA. (¡Pobre hombre! El caso es que el pretexto se lo había dado Manolo... ¿Pero cómo descubro? Tiempo habrá de salvarlo.) (Se marcha.)

ESCENA XIX

SINFOROSA y CASIANO

SINF. ¡Ay señor don Casiano! tengo todo mi cuerpo hecho carne de gallina. Yo que he estado sola con él.

CASIANO. No se asuste usted, señora.

SINF. Y qué tunante. Me dijo que era ángel tutelar.

CASIANO. De ángel tiene poco.

SINF. Y le creí... luego aquellos bigotes...

CASIANO. Serán postizos.

SINF. Como vuelva, se los arranco. Decía que era usted un criminal.

CASIANO. Trataba de ganarse la confianza.

SINF. Y se la ganó. Si quería casarse conmigo.

CASIANO. ¿De veras? Casi me parece un infelíz.

SINF. Solos estamos mal. Voy á avisar á una pareja.

CASIANO. Deje usted, que ya...

SINF. El vuelve, porque me dijo hasta luégo, y... (Aparece Tiberio en el foro.) Mírelo usted.

CASIANO. ¿Dónde? Virgen de las Angustias.

ESCENA XX

DICHOS y TIBERIO

SINF. ¡Ay de mí!

CASIANO. Nos ha pescado.

TIBERIO. (¿Qué será esto?)

SINF. ¡Ah!

TIBERIO. ¡Eh!

CASIANO. ¡Oh!

SINF. (Me ahoga en cuanto sepa que lo he descubierto.)

CASIANO. (Si el auxilio no llega pronto, nos revienta.)

TIBERIO. (Ya me han conocido, y si no llega la Guardia civil á tiempo, me trituran.)

CASIANO. (Hay que tener valor.)

SINF. (Tiemblo como si tuviera azogue en las venas.)

TIBERIO. (Si me descubren, ya siento aquel tiro anunciado, y una vez hecho polvo... adiós mi dinero. ¿De qué me sirve el olfato?)

CASIANO. Pondré la cara alegre. Hola, hola, amigo mío...

TIBERIO. (Y me viene con chirigotas...) Señor don Casiano, qué rostro tan placentero.

SINF. (Á don Casiano.) Huyamos.

CASIANO. Un manchego jamás huye... pero huyamos.

TIBERIO. Ya es inútil todo fingimiento. De aquí no sale nadie.

SINF. No nos deja salir. Aquí morimos. Una pareja por caridad...

CASIANO. Los del orden, por amor de Dios.

TIBERIO. (Pero ¿dónde estarán esos civiles? Los civiles...)

SINF. Los guardias

CASIANO. La pareja.

TIBERIO. Una pareja.

SINF. Dos parejas nos hacen falta.

CASIANO. Una gruesa, señora.

SINF. Descuíde usted, que yo la traeré. (Poco á poco se va arrimando á la puerta hasta que se marcha.)

ESCENA XXI

TIBERIO y CASIANO

TIBERIO. Ea, termine la farsa, empedernido criminal.

CASIANO. (Y me llama criminal. Eso es suelta la bolsa, ladrón.)

TIBERIO. Has caído en mi poder, y á cantar en seguida.

CASIANO. Pero...

TIBERIO. Cantar ó morir.

CASIANO. Vaya un momento el que usted elige. Para cantar estoy ahora.

TIBERIO. Peor estarás dentro de poco.

CASIANO. ¡Piedad! Aunque sólo sea por mi pobrecita hija.

TIBERIO. Una pantera que sólo desea ver correr la sangre.

CASIANO. ¡María! Si es más cándida que una oveja.

TIBERIO. Valiente borrega. (Y la Guardia civil sin llegar.) Procuraré hacerte el menor daño posible. Pero has de darme...

CASIANO. Si después de mi viaje de París no me queda ni una peseta... Allí se dedican las gentes al oficio de usted, aunque con formas corteses y la cara menos horrorosa.

TIBERIO. La cara... Ya sabrás lo que es esta cara... en fin, venga por buenas el papel ó los papeles.

CASIANO. ¿Papel? ¿Papeles? Si no tengo... ¿Quiere usted cuatro duros que llevo sueltos y dejarme en paz? Hasta le perdono el susto.

TIBERIO. Me juzga capáz de faltar á mis deberes... ¿un soborno?

CASIANO. ¡Y cuidado á lo que llama deberes!

TIBERIO. (Hay que imponerse.) ¡Ea, á amarrarlo y cuestión concluída! (Don Casiano huye alrededor de la mesa y Tiberio le persigue hasta que aparece Sinforosa, que dice desde la puerta.)

SINF. Ahí está la pareja.

CASIANO. ¡Bendita sea! (Se marcha por el foro.)

ESCENA XXII

SINFOROSA y TIBERIO. La primera se coloca en la puerta del fondo con los brazos abiertos.

SINF. ¡No te escapas!

TIBERIO. Quien se va á escapar es ese bandido.

SINF. Usted llevará su merecido. De aquí saldrá atado codo con codo.

TIBERIO. Han engatusado á esta desgraciada. Lo que es el ins-

tinto; mató á su madre al nacer, y en oliendo sangre se le remueven los humores.

ESCENA XXIII

DICHOS y MANOLO

MANOLO. (Estaba al acecho y he visto salir á don Casiano. Me cuelo por si puedo hablar con María.)

TIBERIO. ¡No va á pegar mal salto este sietemesino!

SINF. Este joven debe ser su cómplice. Yo les arreglaré. (Se marcha.)

ESCENA XXIV

TIBERIO y MANUEL; á poco DON CASIANO y REMIGIO

MANOLO. ¿Sabe usted algo del efecto que ha producido la carta?

TIBERIO. ¿Fué usted el portador del documento?

MANOLO. Claro. Yo vencí al principal.

TIBERIO. Pues el efecto está viniendo con correajes y tricornios.

MANOLO. ¿Cómo tricornios? ¡Pero don Casiano!...

TIBERIO. Don Casiano es un miserable.

CASIANO. (Dentro.) Por aquí, por aquí.

MANOLO. Yo me escondo. (Se oculta en el balcón.)

TIBERIO ¡A que llega la Guardia civil como la cebada del asno!

CAS
REM. } ¡Entrégate, bandido.

TIBERIO. (Como lo pensé; me matan.)

REM. Has caido en nuestro poder y no te vale la Bula.

CASIANO. Aceptando los cuatro duros hubiera sido mejor.

TIBERIO. Y es fácil que acierte. (¿Pero y los guardias?)

REM. Atémosle para entregarlo á la autoridad.

TIBERIO. ¿Cómo se entiende? (Hace ademán de sacar un revolver y Remigio le sujeta por detrás, mientras don Casiano va por la pareja.)

CASIANO. Guardias, aquí está el ratero. (Entra la pareja.)

TIBERIO. Reconocedme como subinspector de policía, y prended á estos revolucionarios.

GUAR. 1.° Nosotrus non reconocemus á nadie. Bajo la responsabilidad de los vecinos que reclaman el auxilio de la autoridad, le prendemus.

TIBERIO. En soltándome le pego dos palos á este guardia.

GUAR. 2.° La cara es de timador.

REM. Procedamos á registrar toda la casa.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y FERMÍN; á poco MARÍA y MANUEL

FERMIN. (Que ha oido las palabras de Remigio.) No es necesario. Suelten ustedes á ese pobre subinspector.

CASIANO. ¿Subinspector?

FERMIN. Que erró el golpe.

REM. ¿Qué significa?...

TIBERIO. ¿Lo ves, guardia imbécil...? ahora prended...

FERMIN. Eso no; yo vengo del Gobierno y traigo la clave.

CASIANO. ¿Qué lío es este?

FERMIN. Esta carta te lo explicará todo. Es del burrucho.

CASIANO. ¿El alcalde de Villasequilla? Si la mano del burrucho anda... malo, malo.

FERMIN. No, esta carta ha sido enviada por este desgraciado al gobernador como prueba de tu complicidad en una trama horrenda, y la carta es lo más inocente...

TIBERIO. La entrega de una plaza.

FERMIN. Ahora saldrá lo que se entrega. ¡María! (Llamándola.)

TIBERIO. ¿Á que lo pago todo yo?

CASIANO. No entiendo ni una jota.

FERMIN. Ella se encargará de explicarlo.

MARIA. Papá; la verdad, le amo y sólo con él seré felíz.

CASIANO. ¿Pero quién es él?

MANOLO. (Saliendo.) Quien está á sus órdenes después de haber

procurado hacerse digno del amor de María y sometido á las condiciones que usted imponga.

CASIANO. ¿Quién es usted?

MANOLO. Manolo.

CASIANO. ¿Tú aquel Manolo?...

MANOLO. Cuatro años de París, varían á cualquiera.

CASIANO. ¿Luego mientras ésta se hallaba en las Ursulinas?...

MANOLO. Yo procuraba quitarme el pelo de la dehesa.

CASIANO. ¿Y la carta?

MANOLO. La petición en forma: de mi padre.

TIBERIO. No me meto en otra... y juro á fe de Tiberio Pachón...

MANOLO. ¿Usted es Tiberio Pachón?

TIBERIO. Por desgracia.

MANOLO. Hace tres días que tengo para usted esta carta,

TIBERIO. (Leyendo.) «Señor don Tiberio, etcétera. Muy señor »mío, etcétera. Me alegraré, etcétera. Don Casiano »Astudillo es un hombre honrado y mi consuegro. La »denuncia anterior partía de un supuesto equivocado. »Ya avisaré si se presentara otro Chato...» á mí sí que me deja este bruto con un palmo de narices.

FERMIN. El gobernador, además, le declaraba cesante; pero por mi mediación se ha podido conseguir reduzca la pena á un mes de suspensión de sueldo por meterse en honduras, sin dar cuenta á los superiores...

SINF. ¡Pobre Pachón!... Todos contra él... Á perro flaco...

TIBERIO. ¡No es usted mal perro!...

SINF. Yo te consolaré y vuelvo á recoger la palabra.

TIBERIO. Si tengo mujer, nueve hijos, suegra, cuñada y una perra de aguas.

REM. ¿Y primas, ninguna?

TIBERIO. ¿Qué más primo que yo? Diga usted, señorita... ¿Ahora ya no habrá necesidad del tiro?

MARIA. Lo luciremos Manolo y yo.

TIBERIO. Que sin el tiro no se queda. Para que yo me meta en más averiguaciones... Aunque se lo pegaran...

MARIA. ¿Al autor?

SINF. ¿O á nosotros?

CASIANO. Aquí del olfato.
TIBERIO. Me temo un nuevo deslíz.
MARIA. ¿Pero usted no ha olfateado?
TIBERIO. Hija, para este guisado... (Por el público.)

No hay olfato ni hay naríz.
Sólo jugar el albur,
y pedirles compasión
para el autor de PACHÓN,
para nosotros... y abur.

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.